

*Francisco L. Urquizo*

# El narrador ante la muerte

Adolfo Castañón

*Creador de invaluable obras de ficción y testimonios históricos, Francisco L. Urquizo es uno de los representantes mayores de la novela de la Revolución Mexicana. Adolfo Castañón revalora en este texto la obra del autor de Tropa vieja.*

Secretario de la Defensa Nacional en el gabinete de Manuel Ávila Camacho (1945-1946), Francisco L. Urquizo (1891-1969)<sup>1</sup> es un testigo privilegiado del proceso llamado Revolución Mexicana. Nacido en San Pedro de las Colonias, Coahuila, con la última década del siglo XIX, en 1967 recibe la Medalla Belisario Domínguez y sus restos reposan en la Rotonda de las Personas Ilustres de la Ciudad de México. Desde muy joven se afilia al movimiento maderista y le toca ser testigo del asesinato criminal de Madero y de sus colaboradores durante los sangrientos episodios de la Decena Trágica: su descripción, escrita muchos años después (1954) de la muerte y martirio de Francisco I. Madero es, junto con *Febrero de 1913* de Martín Luis Guzmán, una de las reconstrucciones más vivas y plásticas de aquel episodio en el cual queda brillando con turbio destello el cinismo ilimitado de Victoriano Huerta:

—Muchas gracias, mi general —contesta jubiloso el recién premiado—. ¿Viene usted para acá luego?

<sup>1</sup> Francisco L. Urquizo, *Obras escogidas*, Instituto Nacional de Estudios de la Revolución Mexicana, Gobierno del Estado de Coahuila, Asociación Cívica General de División Francisco L. Urquizo, Fondo de Cultura Económica, México, 2003, 1109 pp.

—No tardo mucho —informa Huerta, y luego agrega, con trágica ironía—. Nada más me despido de mi “huésped”. Mándeme bien escoltado a Bassó.

Huerta dejó el auricular del teléfono parsimoniosamente y sin poder evitarlo, una sonrisa de chacal asoma a sus facciones mientras vuelve al salón en el que ha estado comiendo con don Gustavo Madero, a quien, al llegar, de regreso, dice:

—Don Gustavo, quiero regalarle una nueva pistola que es, seguramente, mucho mejor que la que usted usa.

—Muchas gracias, general; pero le advierto que la mía no es nada mala —responde don Gustavo Madero.

—A ver —habla Huerta mientras extiende la mano demandando la pistola de don Gustavo.

Éste desenfunda su pistola y se la entrega, comedidamente, al general Huerta, diciéndole:

—Mire usted.

El general Huerta hace como que examina la pistola, la vuelve de un lado y del otro y luego, amartillándola, la empuña con la diestra mano y la apunta al pecho de don Gustavo, a quien dice, violentamente:

—¡Es usted mi prisionero!

Al mismo tiempo, por distintos lados han aparecido unos soldados que apuntan fijamente con sus rifles a don Gustavo Madero y al general Delgado, a quien también, uno de los acompañantes de Huerta, ha desarmado.

Don Gustavo exclama, en el colmo de la sorpresa:

—Pero, ¿qué es esto?

—Lo que oye —dice Huerta ya sin tratar de disfrazar su natural grosero y brutal—. Lo de ustedes se acabó. El que manda ahora aquí soy yo. —Se vuelve a uno de los jefes que están ahí y le dice—: Teniente coronel, hágase cargo de este señor y condúzcalo a la Ciudadela, y allí entréguéselo al general Félix Díaz.<sup>2</sup>

Otro momento significativo del cual le toca dejar su testimonio a Urquiza es el que corresponde a la muerte de Venustiano Carranza en Tlaxcalaltongo. Publicado en 1932 por la editorial CVLTVRA, el libro *México Tlaxcalaltongo. Mayo de 1920* refiere con ágil objetividad los últimos días de su jefe, el general Venustiano Carranza, para no hablar de otros episodios que también recogen sus memorias. Testigo privilegiado, Francisco L. Urquiza estuvo ahí y supo mirar y escuchar y luego recordar y pasar al estado escrito estos recuerdos que todavía hoy nos estremecen.

Quizás una de las claves del éxito de Francisco L. Urquiza sea el haber rescatado de las visiones ignominiosas la imagen del ejército mexicano ampliamente desprestigiado en el ocaso del porfirismo. Urquiza tuvo el valor emotivo de re-suscitar las emociones ante esa institución y en sus cuentos y narraciones aparece una declarada emotividad hacia el ejército, una devoción por la vida militar nacida en la infancia:

Creo no equivocarme al afirmar que todos los hombres, de pequeños, hemos tenido un gran amor por el ejército. Probablemente los chicos de hoy verán a los soldados como yo veía a aquella pequeña guarnición de mi pueblo, con admiración y respeto, y a la vez con un cariño inmenso para esos hombres que se me antojaban diferentes de todos los demás; los veía más grandes, luciendo un uniforme y unas armas que sólo ellos podían usar; los veía marchar a compás y hacer sus movimientos todos ellos como si fuesen uno solo, y pensaba con deleite que cuando fuera grande sería yo soldado como aquellos que llevaban cintas doradas en las bocamangas y en el quepí, y que empuñaban reluciente espada.<sup>3</sup>

Es de ese hondo respeto, de esa admiración ante los humildes “juanes” del ejército de donde surgen las páginas de *Tropa vieja*.

La literatura del general Urquiza, como ha dicho atinadamente Alejandro Katz en la presentación que acompaña esta edición, parece inspirada por la palabra desnuda de aquellos cronistas de la conquista de América que supieron dejar sembradas sus relaciones para me-

moria y comento de las generaciones venideras. Pero quizás habría que subrayar que la voz de Urquiza es, como la de pocos cronistas e historiadores, una voz *ubicada*, una voz que cualquiera que sea la materia de su narrativa sabe dónde está literariamente hablando, una voz que conoce con puntualidad los límites y dimensiones en que puede desarrollarse. Una voz que sabe transitar entre las dos orillas de la realidad, el mundo y el trasmundo, y que está guiada por un peculiar sentido del humor.

Nutrida básicamente en las letras hispánicas clásicas y en la literatura europea del siglo XIX, la palabra de Urquiza sabe administrar y construir su narrativa con un sentido estricto del ritmo y dando a cada tramo de la narración su lugar, su respiración. Pero si bien obras como *¡Viva Madero!*, *Páginas de la Revolución* o *Memorias de campaña* —todas reunidas en la edición aquí comentada— tienen como foco de atención aquellos episodios revolucionarios —el sacrificio de Madero, la Decena Trágica, la muerte de Venustiano Carranza— que, toda proporción guardada, son para nosotros, mexicanos, lo que la muerte de Julio César y el juicio a Catilina fueron para los romanos, habremos de advertir que la lacónica sobriedad de un Tito Livio no es la caracte-



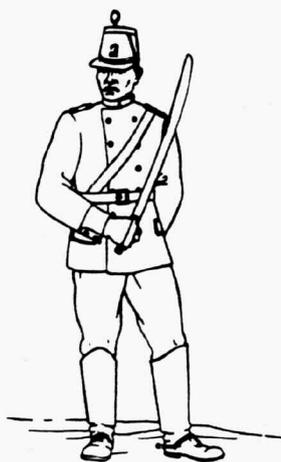
Francisco L. Urquiza

<sup>2</sup> *Ibidem*, pp. 358-359.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 901.

*Fui soldado de levita  
de esos de caballería*

por  
FRANCISCO L. URQUIZO



*letras mexicanas*

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

REIMPRESIÓN • 1995

rística principal de nuestro general. Urquizo tiene, en cambio, un sentido de la observación más completo y diríase armónico, no deja escapar detalle. Tiene ciertamente algo de novelista ruso y su sentido del humor y de la situación dramática puede asimilarse al de un Turguenev, y en ciertos tramos sus pícaros pueden evocar el sórdido submundo de un Gogol. Pero no se puede reducir a Urquizo a la escritura de la Revolución y a la redacción de relatos revolucionarios: aunque ésta sea la materia central de su atención narrativa Urquizo escribió recuerdos de viajes como esos sabrosos años contados en *Madrid de los años veinte* que nos permiten asomarnos a una Europa distante capaz de suscitar nostalgias de lo que fue aquella ciudad en el antiguo régimen al filo de los años veinte.

Pero sobre todo escribió cuentos y narraciones donde se combina el humor y el drama y donde hoy, para decirlo con él, H.D.T.U.P.<sup>4</sup> Pero hay sobre todo esa com-

<sup>4</sup> H.D.T.U.P. (Hay de todo un poco). Estas abreviaturas denotan el peculiar sentido del humor de Francisco L. Urquizo.

binación, tan mexicana, de sentido contrastado de lo natural y de lo sobrenatural, y que es uno de los rasgos de la identidad nacional: el desenfadado desprendimiento ante la muerte. Es, ella, la muerte, una de las presencias centrales de la literatura de Urquizo, ella la que va buscando y acosando en el campo y en la ciudad a los hombres y a las mujeres:

El resultado era que el enemigo se nos antojaba formidable, potente e inaccesible; veíamos sus destrozos: oficiales y soldados muertos traídonamente, pueblos indefensos asaltados e incendiados, trenes dinamitados, pacíficos habitantes asesinados y robados; palpábamos su existencia, lo sentíamos estar junto, a nuestro lado, y nos revolvíamos contra él, animosos, pero se nos esfumaba como una sombra sin que encontráramos si había rastro siquiera de él, porque el follaje lo ocultaba y el césped ensordecía sus pasos; el enemigo existía, lo veíamos grande, acechándonos, vigilándonos siempre, con el puñal en la mano pronto a saltar sobre nosotros cuando cayéramos o tropezásemos en el camino; lo veíamos, al pasar junto a un gañán; lo veíamos receloso observarnos disimuladamente con el rabillo del ojo y contarnos, y al perderlo de vista, nos hacía fuego con la oculta carabina, de entre la espesura del cañaveral, y huía, y se perdía entre lo espeso del bosque; la escena se repetía constantemente, trágicamente.<sup>5</sup>

*Tropa vieja*, la novela más conocida de Urquizo, fue publicada en 1943, cuando el autor ya maduro frisaba los cincuenta años. Fue calificada por Salvador Novo como uno de los mejores relatos de la novela de la Revolución. No le faltaba razón. Cuenta la historia de Espiridión Sifuentes, un soldado cogido por la leva y un vástago de aquella novela picaresca cuyo realismo descarnado ha dado sostén a la novela escrita en español. La historia se inicia en los últimos días del Porfiriato y concluye en plena Revolución: se trama con minucia naturalista el proceso de formación y aprendizaje del recluta forzoso pero presenta ante todo un trozo, un tramo de vida. La principal lección de la novela es la conciencia que tiene el narrador de pertenecer a una comunidad, a un *continuo social* donde cada detalle es significativo, cada gesto y cada persona se encuentran inscritos en una perspectiva solidaria que los realza y llena de sentido. Los personajes están envueltos en un ambiente que los envuelve y los habla. Del paisaje dice a los hombres:

El sol caía a plomo sobre el arenal de la desierta Laguna de Mayrán. Ni un huisachito, ni un mezquite, ni una res, ni una labor, ni un rancho; tierra, polvo y remolinos a lo

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 910.

lejos y de vez en cuando, cada cinco leguas, una estación pelona metida en un carro sin ruedas de ferrocarril y una casa de piedra, como fortaleza para los trabajadores de la vía: Benavides, Minerva, Talía, Ceres... todas enteramente iguales con la sola diferencia de un letrero. El camino derecho, largo, largo y tendido sobre un arenal que allí a lo lejos parecía un espejo de agua clara y cristalina. Ni pájaros, ni bueyes, ni conejos; de seguro nomás allí vivían las víboras envueltas en la tierra de su mismo color. Tierra abandonada de la mano de Dios, sin agua ni verdor; tierra suelta hecha polvo, como para cobijar de un solo soplo de aire a los viandantes hambrientos y cansados que por allí pasaran. Tierra maldita, castrada, infecunda como las mulas que nunca han de parir. Tierra sin consuelo, tierra triste y sedienta como el pobre, como el gañán que vive y que vegeta y que no espera nada porque nada han de darle. Tierra blanca, pardusca y sucia como los calzones de manta de los hombres del campo; tierra que se adelantó a la muerte y que hizo polvo antes de morir.<sup>6</sup>

A Urquizo no se le escapa que en la “bola” todos los actores tienen por así decir la misma estatura, el mismo compromiso ante la vida y la sobrevivencia, la misma necesidad de respetar la vida: aunque no todos la pongan en práctica:

Las últimas palabras de mi compadre Celedonio, al despedirse fueron:

—No se olvide, compadre, que en el otro lado anda su hermano José, procure no pelear; si puede seguir haciéndose guaje aquí en el hospital, mejor; si no, vea el modo de pelearse cuando le sea fácil. Piense que cada bala que tire le puede pegar a su hermano.<sup>7</sup>

Esta lección verdadera y descarnada, este horizonte de unánime respeto ante la vida es uno de los legados más perdurables de este escritor mexicano que conoció la vida del cuartel y los riesgos de la batalla y que supo extraer de ese conocimiento una lección profunda de solidaridad humana.

Lo natural y lo sobrenatural juegan al ajedrez sobre el tablero dispuesto por la narrativa de Urquizo: a la vida cotidiana de los militares mexicanos de la primera mitad del siglo XX, Urquizo la sabe desdoblar en una serie de sucesos, a veces simplemente macabros como la historia de la cabeza cercenada de Blanquell, a veces declaradamente inexplicables e insólitos como pueden ser las historias de personas que se desdoblan, los cuentos de adeptos que hacen ronda y corren veloces en la oscuridad hasta que vuelan, los cuentos como el del médium que lleva a Urquizo y a su amigo al borde mismo del pre-

cipicio a donde cayó el tesoro de Moctezuma, escondido por Cuauhtémoc, o la historia del loco mordido por un perro rabioso al que tiene que linchar el pueblo. Este contraste entre lo natural y lo sobrenatural, entre mundo y trasmundo presta a los cuentos de Urquizo un sabor y una tensión propios, casi diríamos inconfundibles si no recordáramos que es precisamente la baraja entre lo natural y lo sobrenatural uno de los rasgos que dan fuerza a este género de literatura (recuérdense, por ejemplo, los cuentos de Rafael F. Muñoz).

De Urquizo se puede decir lo que él escribió sobre un oscuro médico militar, el doctor Ricardo Suárez Gamboa, quien murió “...en la estación ferroviaria del puerto de Tampico, prensado entre dos trenes que maniobraban en el patio. ¿Fue un accidente, fue un suicidio? Jamás se supo ni importaba tampoco. La lucha era dura y uno más o menos en las filas nada significaba. Los que le conocimos y apreciamos le debemos un recuerdo de gratitud a nombre de los heridos revolucionarios que él curó sin interés alguno, sin ambición de grados militares, de dinero, de afán político; sólo por humanidad y llevado por aquella su locura que lo inclinaba al bien como norma final de su actividad siempre manifiesta”. **U**



Francisco L. Urquizo

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 28.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 110.